

llarse ante un crucifijo y ante la imagen de la Virgen; el primer uso que ella hizo de su corazón fué el de consagrarlo á Jesucristo. Ella no sabía hablar aún, y ya era el modelo de todas las virtudes y la maestra de toda la perfección (1). Á la edad de tres años, el amor celestial la abrasaba ya de tal manera, que pidió por favor á sus padres que la dejaran vivir en una pequeña celda para no ocuparse más que de Dios, y durante la noche se veía muchas veces obligada á dejar su pobre lecho y á ir por las calles cantando con una voz melodiosa las alabanzas de su celestial Esposo. (Bolland, 4 September.) Su espíritu de severidad para consigo misma era tan fervoroso como su amor de Dios. Ella no interrumpía su contemplación, que era su vida, sino para afligir su pequeño cuerpo, su carne inocente, con los azotes, el ayuno y el cilicio. Ella caminaba siempre con los pies desnudos; una túnica grosera formaba todo su vestido. Ella era un pequeño ángel vestido de penitente, un lirio rodeado de espinas (2). La ciudad de Viterbo era entonces el foco del maniqueísmo. Pues bien; habiéndose aparecido un día la Madre de Dios á la pequeña Rosa, que no tenía más que diez años, y habiéndola curado de una enfermedad que había hecho desesperar de su vida, le mandó predicar la verdad, la justicia, la penitencia y la paz á sus conciudadanos extraviados. La niña obedeció, y se vió á esta niña, de una constitución muy débil, pero de un alma fuerte como la de un héroe, recorrer como los profetas de Israel las calles de Viterbo, invitando á los pecadores á la penitencia, excitando á los tibios á la defensa de la Iglesia de Dios, y refutando á los herejes con argumentos, á los que nada tenían que responder, convirtiendo de este modo á un gran número de ellos (3). Los católicos bendecían á Dios al oírlo; era imposible dejar de reconocer que el Espíritu Santo hablaba por su boca. Los herejes, obstinados, bramaban de rabia, la amenazaban con la muerte para hacerla callar; pero la niña no hablaba con menos fuerza, decla-

(1) « Ab ipsa infantia omni virtute enituit, facta perfectionis magistra, cum vix loqui dedicisset. » (*Brev. Rom.*, 4 Septem.)

(2) « Vili amictu, pedum nuditate, cilicio, jejuniis aliisque austeritatibus corpusculum affligens, divinæ contemplationi jugiter vacabat. » (*Ibid.*)

(3) « Decennis à Deo inspirata piis adhortationibus, validisque argumentis, multos hæreticos ad fidem et obedientiam romani Pontificis reduxit. » (*Ibid.*)

rando que no podía sucederle cosa más feliz que la de dar su vida por el amor y la defensa de la santa fe católica. Viterbo estaba entonces ocupada por los feroces satélites del emperador Federico, el autor de los cismas, el gran perseguidor de los Papas y de la Iglesia. Fué, por consiguiente, muy fácil á los herejes, para deshacerse de esta niña apóstol, obtener del procurador imperial que fuese arrojada de la ciudad con sus padres. (*Brev. Rom.*) Los buenos católicos se afligieron mucho por esto; pero Rosa les dijo públicamente: « Regocijaos, fieles cristianos, porque dentro de pocos días oiréis la noticia de un grande acontecimiento, que dará la paz á la Iglesia. » Y pocos días despues llegó á Viterbo la noticia de que el nuevo Juliano apóstata, Federico, había muerto (1). Volviendo Rosa á Viterbo, continuó sus predicaciones, y es imposible formar una idea del número de las conversiones que hizo. Santa Rosa acabó su carrera, en el ejercicio de este apostolado, á la edad de diez y ocho años, diez y ocho siglos há. Sin embargo, su cuerpo se conserva intacto (*Brev. Rom.*), para probar al mundo la verdad del prodigio de su vida por este prodigio constante que ha presentado su cuerpo despues de su muerte.

§ L.—Santa Catalina de Sena, el gran prodigio del siglo XIII.—Su amor á la virginidad.—Su caridad heroica.—Sus profecías.—Prodigio de su celo por la conversión de las almas, coronado por un éxito todavía más prodigioso.—Su doctrina puramente celestial.—Sus predicaciones en el Sacro Colegio.—Sus negociaciones y el resultado feliz de ellas por la paz de Italia, y por la unión de los pueblos en la obediencia del Papa legítimo.—Excelencia y grandeza de su política.—Inmenso bien que ella hizo á la república cristiana y á la Iglesia.—Consecuencias del apostolado de la mujer católica en la Edad Media.

Pero la verdadera mujer apóstol y misionero, la mujer más extraordinaria y admirable, la mujer que desempeñó el papel más importante en la Iglesia, y que hizo el mayor bien á la Iglesia en la Edad Media, fué Santa Catalina de Sena. Recorreremos rápidamente su infancia, tan maravillosa como la de Santa Rosa de Vi-

(1) « Frederici mortem et Ecclesiæ pacem propheticis spiritu prædixit. » (*Brev. Rom.*)



terbo, por los piadosos arrebatos de su amor de Dios, y por las gracias más singulares con que Dios la favoreció, hasta tal punto, que puede decirse que su vida no tuvo infancia. Á la edad de seis años poseía ya en grado eminente el doble espíritu de la vida contemplativa y de la vida activa. Ella buscaba los lugares más retirados para dedicarse á la contemplacion de las cosas celestiales, á la meditacion de los ejemplos de los santos; ella concibió tal deseo de imitarlos, que no podía pensar en otra cosa. Su ejemplo atraía á muchas niñas de su edad, que se retiraban con ella á un extremo de la casa, para escuchar sus fervorosas palabras, para orar unidas y entregarse á la mortificacion.

No aspirando más que á las nupcias celestiales y á las riquezas de la gracia y de la virtud, comenzó Catalina su carrera pronunciando el voto de virginidad, que es la fuente de la verdadera grandeza de la mujer. Segun su historiador, Fr. Raimundo de Capua, que fué tambien su confesor, y á quien seguiremos en este resumen, Catalina, á la edad de siete años, postrada ante la imagen de la Santísima Virgen, pronunció en alta voz el voto de virginidad en estos términos: « Bienaventurada y Santísima Virgen, que, la primera entre todas las mujeres, consagrasteis por un voto la virginidad perpétua al Señor, que os concedió la gracia incomparable de ser Madre de su Hijo unigénito, yo suplico á vuestra inefable piedad que, sin atender á mis méritos ni considerar mi pequeñez, os digneis concederme la gracia de darme por Esposo á Aquel á quien yo deseo con todo mi corazón y con toda mi alma, vuestro adorable Hijo, Jesucristo, nuestro Salvador, y yo os prometo á Él y á Vos que jamas admitiré á otro esposo, y que le guardaré siempre una virginidad sin mancha. »

Al mismo tiempo se sintió poseída de una devoción especial hácia los santos que más trabajaron para la salvacion de las almas; y habiendo sabido que la orden de los dominicanos no tenía más objeto que éste, concibió un respeto tal hácia aquellos religiosos, que cuando ellos pasaban por delante de su casa salía á besar devotamente sus pisadas. Ella tuvo aún la idea, en su simplicidad de niña, de ponerse los vestidos de hombre, como habia hecho en otro tiempo Santa Eufrosia, y entrar en la dicha orden, á fin de ocuparse en la conversion de las almas. Dios satisfizo de otra manera su celo, y haciéndole conservar sus vestidos de mujer, hizo de

ella un misionero y un apóstol. Su madre y sus hermanos pensaban casarla á la edad de doce años, y como no pudieron hacer que ella consintiese, le hicieron sufrir muchas amarguras, por espacio de tres años, con el objeto de vencer su repugnancia. Pero habiendo triunfado de todo la virgen, su padre, que era un hombre santo, puso fin á su martirio, diciendo á su familia: « Nadie se atreva á molestar más á mi amada Catalina; nadie se atreva á impedirla que sirva á su celestial Esposo, y que pida sin cesar por nosotros. Jamas podrémos encontrar una alianza semejante á ésta. »

Habiéndose visto de este modo libre, y tomando el hábito de la Orden Tercera de Santo Domingo, la Santa distribuyó entre los pobres vergonzantes el patrimonio que su padre le habia entregado, y se consagró al servicio de los enfermos acometidos por las enfermedades más repugnantes. Su ternura con los pobres era tan grande como la severidad con que se atormentaba ella misma con toda clase de mortificaciones y austeridades. Pero la obra de aliviar al prójimo de sus miserias corporales no podia bastar á Catalina, de entendimiento elevado, de corazón virgen, de alma ardiente y enérgica, devorada por el fuego sagrado del amor divino y por el celo de la salvacion de las almas. Por consiguiente, segun las órdenes que le daba el divino Salvador en las diferentes apariciones con que se dignaba honrarla, servía ella á los enfermos; consolaba á los presos, y al mismo tiempo atraía á los pecadores á la penitencia. Pero, así como entre los enfermos á quienes asistía, á las mujeres corroidas por horribles cánceres ó desfiguradas por la lepra y abandonadas de todo el mundo, era á quienes prodigaba los cuidados más asiduos y más heriocos, con la humildad de una sierva y la ternura de una madre, de la misma manera, entre los pecadores que convertía, buscaba con preferencia á los más escandalosos y más obstinados. El famoso Nannes, uno de los señores más poderosos de Sena, el autor de las guerras civiles y de los asesinatos que affligian entonces aquella desventurada ciudad, y que nadie habia podido apartar de su horrible vida, fué reducido por Santa Catalina á los sentimientos de hombre y de cristiano, y se hizo el modelo de los verdaderos penitentes.

Jacobo Tolomeo, gran señor igualmente, pero el terror y la vergüenza de la Toscana, el hombre de todas las infamias y de todos los crímenes, á quien nadie habia podido convertir, advertido por



Catalina, no pudo resistir al poder de su palabra; él lloró, se confesó é hizo públicamente penitencia de sus excesos. Un dia conducian al cadalso dos ladrones, culpables de muchos asesinatos; endurecidos en su impenitencia, caminaban á la muerte blasfemando del supremo Juez, en cuyas manos iban á caer. Afligida Catalina por la pérdida de sus almas, se sube al carro que conducia á los sentenciados, se coloca en medio de ellos, y en un cuarto de hora los convierte y hace de ellos dos Dímas penitentes.

Durante la famosa peste de Florencia, en 1374, no se contentó Santa Catalina con dedicarse generosamente al servicio de los apesados, sino que exhortaba con frecuencia al pueblo; insistia principalmente sobre la necesidad de aplacar la cólera de Dios con dignos frutos de penitencia, y sus discursos eran tan persuasivos, que los más grandes pecadores se convertian en fervorosos cristianos.

De todas partes acudian á oirla y áun á verla, porque sólo al mirar su semblante angelical, cuya belleza estaba realzada por una especie de aureola celestial, se sentian los hombres separados del mal y atraídos al bien. Los obispos y los curas de toda la Toscana se disputaban el honor de tenerla siquiera por algunos dias en sus diócesis y en sus parroquias, porque estos pocos dias bastaban para hacer cesar en sus diócesis y en sus parroquias los escándalos, para restablecer en ellas la observancia de la ley de Dios, y restaurar la piedad. Jamas se habia visto cosa semejante en una mujer. Jamas el apostolado de un hombre fué más eficaz ni produjo mayor fruto. Ella reprendia con la mayor libertad los vicios, no sólo del pueblo, sino tambien de los grandes y áun de los clérigos, y no perdonaba á ninguno cuya conducta fuese digna de reprehension. El amor de Dios y la uncion celestial, de que estaba llena, salian á torrentes de su corazon en todos sus discursos. Era imposible resistir á la vehemencia de sus palabras; ellas penetraban en las almas más corrompidas, y las separaban de sus malos hábitos los más inveterados, y áun se creian todos dichosos en rendirse al Espíritu Santo, que hablaba en ella. Fueron muchos los millares de personas que vivian en el desórden y á quienes ella redujo á la práctica de la penitencia y á una vida santa y perfecta.

Eran tantas las almas á quienes atraia con su elocuencia al sacramento de la Penitencia, que se le dió el título de *Apóstol de la*

*confesion.* El Soberano Pontífice habia concedido á los coadjutores de su apostolado las más amplias facultades para absolver de todos los casos de conciencia. Dos sacerdotes de la Orden acompañaban por todas partes á Catalina para oir á los penitentes que su celo, triunfante de toda resistencia, enviaba á sus piés. Estos padres estaban dia y noche en el tribunal de la penitencia, y no eran suficientes para oir á todos aquellos á quienes Catalina obligaba á mudar de vida, y que recurrían á ellos para confesarse por la primera vez, ó para reformar sus confesiones mal hechas. (*Vit.*, número 240.)

Con el dón de los milagros de toda especie, que ella obraba continuamente, en el órden de la naturaleza lo mismo que en el de la gracia, le habia concedido Dios el espíritu de profecía. Ella leia con la mayor claridad todo cuanto se hallaba oculto en lo más profundo de los corazones y en las tinieblas del porvenir. Puede decirse que todos sus discursos eran predicaciones, así como todas sus obras eran prodigios. Nosotros sólo citaremos la más célebre de ellas. Un dia en que Fr. Raimundo se quejaba, llorando, de la actitud sacrílega que muchas ciudades de Italia habian tomado respecto al Papa, le dijo Catalina: «No comenceis á llorar tan pronto, porque os queda mucho que llorar. Eso que veis es leche y miel comparado con lo que seguirá despues.—¡Oh madre mia! contestó Fr. Raimundo. ¿Qué es lo que decís? ¿Es posible que veamos otros males mayores que los que estamos viendo: tantos cristianos olvidando el respeto que se debe á la santa Iglesia, no temiendo sus sentencias, y abjurando de ella, al parecer para siempre? Ya no les falta otra cosa que renegar de Jesucristo.—Padre, replicó la Santa, eso es lo que hacen ahora los legos, pero pronto veréis cuánto peor es lo que han de hacer los clérigos.—¡Oh desventurado de mí! ¿Es posible que los clérigos mismos se han de rebelar contra el Pontífice romano?—Vos lo veréis; cuando él quiera corregir las malas costumbres, promoverán ellos en toda la Iglesia de Dios un escándalo universal, que la dividirá y la afligirá como una pestilencia herética.—¿Tendremos acaso, madre mia, una herejía nueva y unos nuevos herejes?—No será propiamente una herejía: será una division de la Iglesia y de toda la cristiandad. Así, preparaos á la paciencia; porque os veréis obligado á ver todas estas cosas.» (*Vit.*, núm. 286.) No se podia anunciar de una manera más



exacta el gran cisma de Occidente, que comenzó poco tiempo después, y affligió á la Iglesia por el espacio de más de cincuenta años.

Ademas de un admirable *Tratado sobre la divina Providencia*, se conservan de Santa Catalina ciento cincuenta cartas á los dos soberanos pontífices Gregorio XI y Urbano VI, á los cardenales, á los obispos y á los eclesiásticos de todas categorías, y otras ciento treinta cartas á los reyes y á los príncipes cristianos. Estos escritos, que son una obra maestra por su forma, tienen en el fondo el sello de la más profunda ciencia de los hombres y de las cosas, y de esa doctrina celestial que no se adquiere con el estudio, sino con la oración; que no se aprende en la escuela del hombre, sino en la escuela de Dios. Preguntada Catalina por los más hábiles profesores de la ciencia sagrada sobre las cuestiones más difíciles de la Teología, los admiraba con la solidez y la claridad de sus respuestas, y los edificaba con su humildad y con su fervor; y en general, ninguna persona se acercó á ella, que no se separase instruida y mejorada (1).

Santa Catalina ejerció también otra misión especial en las más elevadas regiones de la jerarquía eclesiástica. Ya había setenta y dos años que los Soberanos Pontífices se hallaban establecidos en Francia, y parecía que habían abandonado de todo punto á Roma; la Iglesia sufría mucho por esta ausencia de los sucesores de San Pedro de la silla privilegiada, que los constituye Papas; y es indudable que, como lo reconoce el mismo Fleury, la larga residencia de los Papas en Aviñon dió ocasión al cisma de Occidente. Graves y celosos personajes habían procurado, por lo mismo, hacer que volviese el Papa á Roma, pero en vano. Pues bien, lo que no pudieron conseguir los santos hombres, lo consiguieron las santas mujeres. En primer lugar, Santa Brígida, reina de Suecia, contribuyó mucho á ello con las cartas que dirigió á Gregorio XI para obligarle á volver á su metrópoli, y que afectaron mucho á este Pontífice; en segundo lugar, contribuyó al mismo objeto Santa Catalina, que, no contentándose con escribir, sino presentándose personalmente al mismo Pontífice, consiguió con su elocuencia vol-

(1) «Doctrina ejus infusa, non acquisita fuit. Sacrarum litterarum professoribus, difficilissimas de Divinitate quæstionibus proponentibus, respondit. Nemo ad eam accessit, quin melior abierit.» (*Brev. Rom.*)

verle á Roma (1). Su sucesor, Urbano VI, acusado y perseguido, encontró en Catalina una nueva Matilde, que hizo enérgicamente su defensa y sostuvo su autoridad. Y así, estos Pontífices la tuvieron en muy grande estimación, y la emplearon como su nuncio en legaciones difíciles (2), y, lo que es todavía más extraordinario, se sirvieron de esta virgen para terminar los negocios más graves de la Iglesia; ellos confiaban todas las decisiones á su buen sentido y á su sabiduría (3), y todo lo que ella decidía, y todo lo que ella trataba, nada dejaba que desear (4); de modo que nadie dudaba que el Espíritu de Dios era quien hablaba en ella y por ella.

Los mismos Pontífices hicieron más aún: ellos le mandaron muchas veces que exhortase á los cardenales para ponerlos de acuerdo y obligarlos á la paz. De este modo (hecho único en la historia de la Iglesia), se vió á esta jóven sentada en medio del Sacro Colegio, hablándole con una sabiduría y una elocuencia prodigiosa, que sólo el prodigio de la modestia virginal del orador excedía, y obteniendo de este modo un éxito brillante (5).

Pero permítasenos entrar en más pormenores acerca de la misión política y religiosa que Santa Catalina ejerció en la Iglesia; éste es tal vez el prodigio más singular y más admirable de la historia de la Edad Media.

Al celo de un apóstol unia Santa Catalina una destreza maravillosa para las negociaciones, y todos los talentos de un hombre de Estado. En la guerra que los gibelinos hicieron al papa Gregorio XI, que residía en Aviñon, para despojarle de todo cuanto poseía en Italia, Catalina, con sus exhortaciones, con sus cartas y con sus ora-

(1) «Ea suadente deliberavit Pontifex ad sedem suam romanam personaliter accedere.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Eidem Gregorio et ejus successoribus Urbano acceptissima fuit, adeo ut legationibus ejus fungeretur.» (*Ibid.*)

(3) «Hi pontificis unius virginis opera, ad expediendas gravissimas causas usi fuerunt, adeo ut eas ejus unius arbitrio dirimendas relinquerent.» (*Rivaden., in Vita.*)

(4) «Ita ut in gravissimis plane negotiis ejus curæ commissis nihil omnino potuerit desiderari.» (*Ibid.*)

(5) «Imperarunt ei, ut, in sacro Purpuratorum Ecclesiæ romanæ Procerum senatu, verba faceret, ipsosque cardinales ad concordiam invitaret. Quod illa, admirabili prorsus sapientia, modestia et efficacità præstitit.» (*Ibid.*)



ciones, contuvo en su deber y en la obediencia de este Pontífice á las ciudades de Sena, de Luca, de Arezo y á otras muchas ciudades de los estados eclesiásticos.

Habiendo el Papa fulminado un interdicto, y enviado al cardenal de Génova con un ejército á Toscana para reducir á los florentinos, resolvieron los rebeldes deponer las armas é implorar la clemencia del Soberano Pontífice. Pues bien, á una pequeña vírgen, á una pobre religiosa, á Santa Catalina, fué á quien eligieron por su mediadora para con el Papa, y á quien encargaron una mision tan importante y tan delicada. Le dieron plenos poderes para tratar con Gregorio XI, y le dijeron que se referian enteramente á ella respecto á las condiciones de la paz. El Papa, por su parte, á quien Catalina se presentó en Aviñon, recibéndola con la más grande distincion y admirando su santidad y su sabiduría, en la primera conferencia que con ella tuvo le dijo: «La paz es el único objeto de mis deseos. Yo pongo ese negocio en vuestras manos. Yo os recomiendo únicamente el honor de la Iglesia.» De este modo se vió por una parte á un pueblo que confiaba su suerte al arbitraje de una jóven, y al mismo Pontífice que ponía en sus manos los intereses y el honor de la Iglesia. Tal era la confianza que tenian todos en su justicia y en sus luces.

Pero Catalina tenía otras miras más extensas aún. Previendo el cisma que iba á desgarrar á la Iglesia, creyó que el medio más á propósito para conjurarle era una cruzada general, que movió y utilizó contra los infieles, que eran el germen de la discordia y de la guerra que turbaban á la Europa, y que amenazaban á la unidad de la Iglesia. Así fué que quiso interesar en ella á Gregorio XI en presencia de Fr. Raimundo, que nos refiere el interesante coloquio que tuvo lugar, con este objeto, entre Santa Catalina y el Papa. Á las primeras palabras que ella articuló sobre una nueva cruzada, la interrumpió el Papa, diciéndole: «Sería necesario establecer primero la paz entre los cristianos, para emprender despues la guerra santa.» Y Catalina le respondió: «Pero, Santo Padre, para pacificar á los cristianos no podréis encontrar mejor medio que el de ordenar la santa expedicion. Todos esos hombres de armas, que fomentan la guerra entre los fieles, irán voluntariamente á servir á Dios con su arte. Pocos hay tan malos que no deseen servir á Dios con un oficio que les agrada, para borrar de este modo sus peca-

dos. *Quitar los tizones es apagar el fuego.* Y así, Santo Padre, con un solo golpe haréis muchos bienes: vos pacificaréis á los cristianos que deseen el reposo, y en cuanto á esas gentes habituadas al crimen, las ganaréis perdiéndolas. Si ellos alcanzan algunas victorias, os adelantaráis á los principes cristianos; y si ellos mueren, ganaréis sus almas, que estaban como perdidas. Por consiguiente, de aquí se seguirán tres bienes, á saber: la paz de los cristianos, la penitencia de los hombres de armas y la salvacion de muchos sarracenos.» No se podia decir una cosa más sólida; jamas la sabiduría humana ha dicho nada más sabio. «En verdad, dice en este lugar Mr. Rohrbacher, la santa jóven de Sena tenía una política más grande que todos los reyes de entónces, y aún que todos los autores modernos de Política y de Historia. Ella comprendia mucho mejor el verdadero interes de la humanidad entera y de sus diversas partes, al querer emplear en el exterior la porcion turbulenta de la cristiandad, á fin de mejorar el interior, y hacer servir el interior y el exterior á la civilizacion cristiana y progresiva del universo.» (Lib. LXXX.) En muchas de sus cartas al mismo Pontífice repite Santa Catalina estas mismas ideas; ella pide al Papa, en nombre del Señor, que enarbole el estandarte de la cruz contra los infieles, asegurándole que al momento cesarian las guerras intestinas, los lobos se convertirian en corderos, y el pueblo fiel se veria libre de su infidelidad. Mas los hombres de Estado de aquel tiempo, que tenian más interes, y aún el deber de seguir semejante política, que, no por salir del entendimiento de una jóven, dejaba de ser á propósito para honrar á los más grandes hombres, nada comprendieron de ella. Desgraciadamente no es éste el único ejemplo de hombres que se lisonjean con el título de hombres de Estado, y que nada comprenden de la ciencia de Estado.

Habiendo triunfado de nuevo en Florencia el partido enemigo de la sumision al Papa, mientras que Catalina se hallaba en Aviñon, y no habiendo podido efectuarse el arreglo, que Gregorio deseaba de todo corazon, recurrió de nuevo á la medida de reducir á los rebeldes por la fuerza. Entre tanto habia vuelto Santa Catalina á Toscana, y horrorizada de ver á sus compatriotas amenazados de nuevo con todos los horrores de la guerra, escribió catorce cartas, que se conservan todavía, al Soberano Pontífice, para moverle á hacer uso de la clemencia más bien que de la justicia, con sus súb-